

Enrique González Rojo Arthur y Ecatepec. Trazos para una travesía literaria

ARTURO ÁLVAR | ESTUDIANTE DE LA MAESTRÍA EN LITERATURA MEXICANA CONTEMPORÁNEA,
UAM AZCAPOTZALCO

Resumen

En los estudios literarios también cabe el testimonio, la imaginación sociológica, el artilugio simbólico. En una periferia como Ecatepec, la irrupción de una “figura letrada” como lo fue Enrique González Rojo Arthur (1928-2021), dotó de referentes (históricos, políticos, filosóficos, estéticos, pedagógicos) a comunidades, colectivos y espacios para su implosión artística. Acompañó y visibilizó, a nivel nacional, un movimiento de izquierda, cultural y crítico, sin precedentes en uno de los municipios más poblados del país, con sus acentuadas desigualdades y altos índices de violencia. Aquí se narran algunos momentos, a manera de itinerario y desde la vivencia poética de quien esto escribe, acerca de cómo un legado intelectual puede enraizarse y persistir en el imaginario colectivo.

Abstract

In literary studies there is also room for testimony, sociological imagination, symbolic contraption. In a periphery like Ecatepec, the emergence of a “literate figure” such as Enrique González Rojo Arthur (1928-2021), endowed communities, groups and spaces for their implosion with references (historical, political, philosophical, aesthetic, pedagogical) artistic. It accompanied and made visible, at the national level, a leftist, cultural and critical movement, unprecedented in one of the most populated municipalities of the country, with its marked inequalities and high rates of violence. Here some moments are narrated, as an itinerary and from the poetic experience of the one who writes this, about how an intellectual legacy can take root and persist in the collective imagination.

Palabras clave: Periferia, poesía mexicana, Ecatepec, Enrique González Rojo Arthur, comunidad imaginada, premios literarios, poeticismo, ciudad lectora, gobierno de izquierda, colectivos culturales.

Keywords: Periphery, Mexican poetry, Ecatepec, Enrique González Rojo Arthur, imagined community, literary awards, Poeticism, reading city, left government, cultural collectives.

Para citar este artículo: Álvar, Arturo, "Enrique González Rojo Arthur y Ecatepec. Trazos para una travesía literaria", en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 56, semestre I, enero-junio de 2021, UAM Azcapotzalco, pp. 165-177.

*Para ser poeta
hay que asistir puntualmente al momento
en que, sin el menor quejido,
la flor comienza a marchitarse,
a desdecir belleza,
a encontrar en el suelo
la forma polvorienta del descanso.*

EGRA

Impronta quijetesca

Entre los sucesos de vida más significativos que guardo, se encuentra la fecunda amistad que cultivé con el poeta Enrique González Rojo Arthur a lo largo de trece años. El primer encuentro con él fue premonitorio. Nos conocimos un 28 de febrero de 2008, en la biblioteca del Centro Cultural José Martí, de la Ciudad de México, cuando él estaba por cumplir ochenta años y yo apenas contaba con veinticinco. Además de conservar una nota periodística y un par de fotografías de aquel entonces, este hecho cimbró mi quehacer como escritor, dejando su marca indeleble. Así les ocurrió a otros jóvenes en quienes su infinito detonó como antesala de pródigas gestas culturales.

En mis manos traía un reconocimiento a Enrique por su trayectoria, por parte del municipio de Ecatepec. En aquel tiempo, con la llegada de un gobierno local de izquierda, entré a trabajar ahí, pues se abrió la posibilidad de impulsar distintos proyectos ligados con la literatura. Me interesaba la perife-

ria urbana. Tenía la espina de organizar unos premios literarios íntegros; qué mejor con un homenaje al maestro, cuya consecuencia política e ideológica, a la par de su inigualable calidad poética, hacían viable volverlo referente artístico en aquellos lares, a la par de romper con las inercias de corrupción anidadas en el campo literario, al servicio del viejo régimen, cuyas mafias Enrique González Rojo Arthur nunca dejó de denunciar y combatir.

Por la revista *Verso Destierro*, en cuyo primer número ambos fuimos publicados, estaba al tanto de los avatares poeticistas. A contrapelo de las concepciones creacionistas de Vicente Huidobro, para quien “aparte de la significación gramatical del lenguaje, hay otra significación mágica, que es la única que nos interesa”, Enrique, en un *versus* con el chileno, concibe la inspiración dentro de una “lógica poética” como asunto de trabajo racional, no de vínculo con lo divino y sus antenas parabólicas. Para decirlo con sus propias palabras, más bien versos: “La única deidad que hay en el mundo/ se halla en las manos del poeta”.

Por amigos, sabía que Enrique González Rojo Arthur (EGRA) estaba borrado del mapa oficial. Incluso se le confundía muy seguido con su padre, miembro del grupo Contemporáneos. Andrés Cisneros lo buscó durante varias semanas, cual detective exiliado, aprovechó su salida de *El Universal* y siguiendo las señales de humo del círculo periodístico, dio con su número telefónico. Más de un colega le aseguró que Enrique había muerto varias décadas atrás. Fue necesario entrevistarlo, así como plantearle la tentativa de que en los márgenes ciudadanos procuraban su presencia, para que se sacudiera el polvo del ninguneo centralista.

Por libros, había leído en la preparatoria *Autobiografía de un fracaso* (1981), en el que Eduardo Lizalde, compañero de andanzas juveniles, se volvía un detractor del poeticismo, así como *Apolo musageta* (1989) del propio EGRA (el cual hallé entre los saldos libresco que la UAM Azcapotzalco ponía a disposición de sus estudiantes, recién entré a sociología), en el que la nostalgia por los poemas “cantantes de sí mismos”, junto con un “mecanismo de relojería”, lo llevaron a volver a las formas clásicas, “renovándolas”. Sin embargo, nada era comparable con la presencia de un gran poeta vivo.

Ahí estaba el maestro, con traje gris y corbata azul, sonriente, agradecido, entusiasta. Nos sentamos al fondo, en una de las mesas de la biblioteca. Le entregué el papiro enmarcado que decía: “Por su gran trayectoria en el ámbito cultural, los ciudadanos de Ecatepec de Morelos se lo reconocen”. Fungieron como testigos los poetas Karina Falcón, Andrés Cisneros, Israel Soberanes, Adriana Tafoya, el periodista Mario Rivera Guzmán, así como otros promotores y funcionarios del ayuntamiento.

Explicué los términos de la convocatoria. Luego, que a partir del nombre del poeta era como podíamos invitar a más escritores de las comunidades de Ecatepec de Morelos a acercarse, quienes seguramente narran y poetizan sobre su entorno; en búsqueda incesante por encontrar más libros, estimando que surgieran propuestas desde abajo. Después, Enrique dijo estas palabras:

En una ciudad donde hay carencias de todo tipo, me parece no sólo importante sino imprescindible tomar en cuenta a la cultura, porque hay que solucionar esta problemática yendo a las raíces, por medio del fomento de la escritura en sus diferentes géneros, de ahí que me parece excelente que en Ecatepec haya concursos que aluden a la poesía, al cuento y a la novela.

Así dimos comienzo a una iniciativa que empezó siendo municipal, pero dejó resonancia en todo el país, pues en semanas posteriores Enzia Verduchi, Coordinadora Nacional de Literatura, se comunicó para proponernos Bellas Artes como recinto del homenaje a EGRA, a realizarse el día 5 de octubre, justo el día de su cumpleaños, así como una amplia difusión de los premios.

El protocolo dio paso para una amena conversación, llena de referentes históricos y anécdotas en las que Enrique discurría como un diáfano remanso. Tres grandes amistades recordó: Eduardo Lizalde, Jaime Labastida y Guillermo Samperio (1948-2017), con quienes rompió en su momento por cuestiones políticas e ideológicas. En un escrito dedicado a Eusebio Ruvalcaba (1951-2017), asentó: “En varias ocasiones no he sido muy afortunado con mis amistades literarias”. Otro poeticista, Marco Antonio Montes de Oca (1932-2009), acababa de ingresar en un psiquiátrico y en una llamada telefónica, le dijo a EGRA: “dame ya por muerto”.

Ahondó en el caso de Lizalde, que en *Autobiografía de un fracaso* pidió perdón a Octavio Paz por su marxismo declarado. De ser miembro del Partido Comunista Mexicano, se pasó al grupo de la revista *Vuelta* y con ello las puertas de la canonjía vitalicia quedaron abiertas. En visitas que posteriormente le hice a EGRA en su departamento de la calle Iztacchuatl, esta ruptura siguió mostrando sus heridas: aquella confrontación poeticista durante una conferencia impartida por Paz, en la Facultad de Filosofía y Letras; la carta que luego éste enviara al Tigre Lizalde para cooptarlo, quien la recibió con entusiasmo (auto)complaciente; en su lecho de agonía, José Revueltas preguntando, incrédulo, si acaso “Eduardito” no los había traicionado; finalmente, un fortuito reencuentro de ambos afuera de Bellas Artes, donde Lizalde hizo la apreciación de que “no hemos envejecido tan mal”. A pesar de esto, EGRA nunca dejó de reconocer la altura poética de su antiguo camarada.

Aquel día de febrero en la biblioteca, hubo mutuos reconocimientos. Mario Rivera escribió una nota periodística donde afirmaba que González Rojo “tiende a acentuar, a estas alturas, algunas de sus mejores lejanas intuiciones, rozando la antipsiquiatría”. Contó que durante la sobremesa en la casa familiar, por boca de su abuelo Enrique González Martínez, se tenía por verdad que el más inteligente entre todos los Contemporáneos era Jorge Cuesta. “Terminó sus días emasculándose”, dijo –Evodio Escalante en su libro *Metafísica y delirio*, tiene otra interpretación–. Andrés Cisneros se metió en la plática, socarrón: “seguramente lo hizo después de que le obligaran a firmar algún desplegado a favor de la Revolución mexicana”. EGRA puntualizó: “No, Elías Nandino como médico de Cuesta, fue quien nos contó, de primera mano, este trágico desenlace”. De esta manera, Enrique nos compartió, aquella mañana y durante más de una década, intensas vivencias “tras bambalinas” de la historia literaria mexicana.

Salieron a relucir algunas publicaciones de EGRA apenas impresas, entre las cuales destacaba *Reflexiones sobre la poesía*, en coedición de Verso Destierro y El Aduanero. En este libro, rememora que en la juventud redactó, con más de quinientas páginas, un mamotreto de lo que pretendía ser su gran teoría poética. En corto, con risotadas, nos cuenta que incluso se lo llevó a don Alfonso Reyes, quien le dijo, de plano, que no lo iba a leer, pero lo guardaría en su corazón. Varias décadas después se dio cuenta, animado por el cuestionamiento editor, que el mamotreto al que consideraba un documento trasapelado, guardaba la posibilidad de una revisión crítica, desdoblamiento de su propia creación.

Reflexiones sería el resultado de una síntesis de aquellas premisas naufragadas de esta historia. En él explica que el poeticismo no era una vanguardia sino una reacción contra de ella. Enrique publica *Reflexiones* como resultado de una toma de postura ante el mamotreto, que durante tantos años quedó en el abandono, callejón sin salida. Una vez que terminó su proceso autocrítico, su destino fue definitivamente las llamas. Se trataba, pues, de un “intento racionalizador y algo extraordinario: un deseo de libertad extremo”. Así dejó nuestro poeticista su impronta literaria.

Concluía la nota de Mario Rivera: “La energía quijotesca de Enrique llama a volver contra los molinos, de cero y desde el principio. Como cada día y desde siempre”. Al despedirnos, Enrique me preguntó si escribía poesía. La emoción no se hizo esperar. Inquieto, asentí. Asomando de nuevo una sonrisa, respondió que le encantaría leer esos poemas. Esto suponía la promesa de charlas por venir, con la tutela de quien generosamente vierte sus ojos sobre páginas ajenas. Estreché su mano y salí caminando, para atravesar la Alameda

Central, mientras él se alejaba en sentido de Reforma. ¿Qué poemas podría mostrarle?

A la postre, surgió un poema que habla y está dedicado a Enrique, con un camino recorrido entre publicaciones fallidas, aliento para la manufactura y concreción del libro que lo contenía: *Nómadas contra molinos*, a propósito de aquel día memorable. Sé que no soy único en esa fortuna de verse alentado por su obra. Son lindes que sacude el viento y arrejunta, correspondencia de manos, dedos que aprisionan plumas, hojas que solapan y presan cantos: amor por la poesía. Eusebio Ruvalcaba, en el prólogo a *Memorialia del sol* (2002), de EGRA, asienta: “Un libro es el principio de una amistad, una amistad en tránsito y la reafirmación de otra”.

Visitar a Enrique durante la pandemia era una locura; después de todo el contagio literario estaba consumado. Sólo acudí a dejarle un ejemplar de mi libro, lo puse en un sobre manila, que le entregué al vigilante con una nota. Miré hacia arriba y alcancé a ver, tras el ventanal de su departamento, su sillón azul en el que se sentaba a platicar, mientras yo contemplaba desde aquella altura follajes, pájaros, la glorieta con su fuente. Cómo saber que sería la última vez. Un libro de poemas prometido y con dedicatoria a vuelapluma, palabras que se alejan con el dolor de su partida. Tampoco sé si alcanzó a leerlo, pero se lo debo a él, a su entrañable amistad.

Tropos infinito

Aunque fueron escasos los estudios hasta principios del presente siglo, la crítica sobre la obra gonzalorrojeana, cada vez con mayor fortuna, se ha ido profundizando, desde distintos puntos cardinales. Tanto en ámbitos académicos como independientes, desde procesos autogestivos o más institucionales. Las líneas de trabajo que más me interesan son: el erotismo en su obra; el papel que tuvo el poeticismo en las vanguardias latinoamericanas; los diferentes estilos a los que recurre su vasta poética, así como la importancia de la generación literaria a la que pertenece.

Su generación se enmarca desde el emblemático año de mil novecientos veintiocho, en el que nacen otras plumas sin las cuales no es posible trazar el mapa de la literatura mexicana del siglo veinte, como Jorge Ibarguengoitia (†1983), Inés Arredondo (†1983), Enriqueta Ochoa (†2008), Carlos Fuentes (†2011), Norma Bazúa (†2011), Raúl Renán (†2017), Amparo Dávila († 2020), Gonzalo Martré y Luisa Josefina Hernández (ambos aún vivos). Dramaturgia, ensayo, poesía y narrativa acrisolan un *corpus* de temas y estilos que componen, en buena medida, la exacta multiplicidad, reveladora por resuelta —“oh

leves leves disidencias leves”, versa en su poema “Reunión” la uruguaya Ida Vitale— condición actual de nuestras letras, tal cual prospectara como cualidades Italo Calvino en sus *Seis propuestas para el próximo milenio* (1998).

Dichos escritores crearon obras que han roto paradigmas y sobre todo, prejuicios sociales alentados por el régimen autoritario que engendró una literatura nacional incólume y ceremoniosa. El erotismo, por poner un ejemplar caso, resulta, más que un asidero, un modo de liberación que atraviesa estas voces. Los usos como el regreso al mito o la experimentación, serían otros contrapuntos para quebrar el engranaje canónico de la “impecable” tradición que resguardan los custodios de la lengua española. Basta leer la primera obra póstuma publicada de Enrique González Rojo Arthur, por parte del Fondo de Cultura Económica, *Los colmillos del dragón*, cuyo autor afirma en su antesala: “Pertenece a un género deliberadamente híbrido. Yo le llamo *novelma*”, para corroborar, sin duda, que su voluntad autogestiva a EGRA le permitió llevar la batuta de esta orquesta generacional.

En cuanto a la forma, EGRA da diversos testimonios, como éste que dio, si mal no recuerdo, en una presentación de la Feria del Libro de Minería: “He cultivado la versificación libre; es decir, aquella en que los versos no se someten a las reglas de la métrica tradicional ni a la rima, sino que fluyen espontáneamente sin someterse a cánones establecidos. Además, he desarrollado la versificación regular y la irregular”. Sobre la versificación regular, él la define como un “estilo tradicional”; en cuanto a la irregular, explica que no todos sus versos responden a la misma medida, sino que se conjugan endecasílabos, eneasílabos, heptasílabos, etcétera.

En una visita que hice a Enrique, con el propósito de preparar una ponencia sobre el erotismo en su poesía —que presenté en el encuentro “De tu piel al paraíso”, organizado por estudiantes de la Universidad Veracruzana, en Xalapa— se dio ese intercambio de ideas que se transformaban en plenas enseñanzas. No te platicaba, por ejemplo, de Tablada como lo haría el docente universitario, como dato histórico, sino desde quien lo había tratado en persona. Era un patrimonio viviente, con anécdotas reveladoras. Salías de su departamento con la sensación de llevarte un legado insustituible que debía ser protegido. Partía siempre de preguntas. Aquella didáctica tarde fue: ¿Cómo se gesta el erotismo sino en la herejía?

La herejía constituye una práctica heterodoxa: un *para sí* característico de la poesía de EGRA. Racional en sus medios, antimonumental en sus fines y sin solemnidades, donde también está presente el humor: “El humorismo desacraliza las conductas de los hombres serios y se vienen abajo los más altos monumentos”. Su obra se encuentra permeada por el buen humor, “arma letal

contra la simulación y la hipocresía”, la broma, la ironía, el sarcasmo como formas de (des)enmascarar la angustia, la desesperación, el desasosiego y hasta la ternura en su más hondo padecer. Nos aconseja:

¿Dices que vas a intentar la narración erótica? –murmura la amante entre las volutas de humo del cigarrillo *post festum*. Y añade: dada tu tendencia a la eyaculación precoz, creo que triunfarás en tu empeño si te esfuerzas no en hacer novelas o cuentos, sino sólo minicuentos, cariño.

Lo erótico en EGRA está más presente que lo propiamente sensual o sexual, puesto que escribe una poesía vívida y al mismo tiempo sugerente. En su tropos infinito, es más lo que oculta que lo que dice, ahí está su potencia, en el goce de los sentidos sin ser necesariamente explícito, incluso tiene predilección por acudir a los arquetipos universales para penetrar en lo profano y viceversa, de tal forma que el significante se prolonga en el significado.

En 1979, Enrique pensaba que el erotismo, interpretado de manera liberal, “tiene en sí mismo un contenido político. El amor en todas sus manifestaciones, desde el espiritual hasta el físico”. Treinta años después, expresó:

Creo que podría señalar que lo más característico, porque aún no he pensado qué sería lo más importante, de mi producción poética, ha sido una combinación entre la poesía erótica y la poesía política. Lo he hecho de este modo porque no sólo me interesan esos subgéneros por separado, sino su combinación.

De acuerdo a su concepción del erotismo, ¿podríamos definirlo como aquello que se encuentra libre de prejuicios sociales, así como de las presiones que existen en su entorno? Efectivamente, dijo EGRA: “pienso que es lo que está contra los convencionalismos, que perturban la manera espontánea en que se relaciona la pareja”. Como parte de la colección de carteles de poesía “Elogio al oficio”, en la UAM Azcapotzalco, en 2014 seleccionamos un poema de Enrique en este mismo tenor: “En un hotel”, donde los personajes míticos adquieren una dimensión cotidiana, mientras que en lo cotidiano irrumpe a su vez lo maravilloso:

En un hotel de mala muerte
puede ocurrir un milagro
puede un poeta un gran poeta
tomar a Beatriz del taller
pagar una módica suma por

un cuarto subir los escalones
respirar muy hondo y entrar al cielo.

De manera breve, he mencionado estos amarres que conforman en la obra gonzalorrojeana su tropos infinito. Sin embargo, vale la pena hacer un recuento desde otras facetas y disciplinas.

Imaginado Ecatepec

Dicho a manera de pregunta sociológica: ¿La irrupción de EGRA ha permeando la vida cultural de las comunidades? Así como fue maestro, filósofo, pensador político, divulgador de otras poéticas al margen del canon —como la del michoacano Ramón Martínez Ocaranza (1915-1982) o la sinaloense Norma Bazúa (1928-2011)—, luchador social y activista; en este mismo sentido, habría que indagar en la recepción y alcances que puede tener su importante legado. Es una preocupación que EGRA mismo comparte desde 1953 en su texto “Misión de un escritor contemporáneo”, respecto a la función que debe tener el arte en general y el poeticismo en particular:

Para que un gran creador llegue a tener resonancia popular se requiere; primero, una aguda reflexión del que escribe antes de escoger los métodos que le servirán para comunicar su mensaje al pueblo. Segundo un promover, con el mayor entusiasmo, la educación de las clases populares para hacerles asequibles determinadas obras. Estas palabras parecen lugares comunes, pero su contenido es tan importante, que hay que repetir las sin descanso, desentrañando cuidadosamente su significación.

Es en los creadores, por tanto, donde encuentra forma y sustancia una comunidad, en principio imaginada, pero vasta en territorio y manifestaciones, incluyendo por supuesto las estéticas, donde el ideario cultural encuentra su consecuencia ética y compromiso social frente a las desigualdades e injusticias. Pero también, ahí donde no han surgido condiciones para que la creación logre su pleno desarrollo, hay que extender este *imaginado* colectivo a los potenciales creadores, es decir, a los futuros escritores. En este sentido, el caso de Ecatepec y su relación con Enrique González Rojo Arthur, resulta paradigmático. Lo abordaré desde una perspectiva testimonial.

Llegué al ayuntamiento ecatepense (término acuñado desde el poder), ignorando el entramado político que ahí se disputaba, hasta que vi confeccionado un primer bosquejo de proyecto cultural, con sus diagnósticos, objetivos, impacto social, etcétera. Aspectos que un sociólogo debe tomar en cuenta

para la gestión cultural. Me llevó ocho meses de 2006. Hice viajes rutinarios en sentido contrario a los miles de trabajadores que se desplazan de la periferia al centro de la megalópolis mexicana. Retrato de la desigualdad, es en la capital del país donde hay empleo, escuelas de educación superior, servicios especializados de salud, infraestructura cultural como teatros y museos, a la par de la especulación inmobiliaria que todo lo devora. De Indios Verdes a San Cristóbal Centro, se atraviesa un tramo de la carretera México-Pachuca, en el que el paisaje natural de la Sierra de Guadalupe se debate con las casas obreras que van avanzando en empinados terrenos.

Antes, desde 2004, había estado en municipios indígenas de Oaxaca, con iniciativas de bibliotecas comunitarias. Un amigo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, que sabía de esta labor, fue quien me invitó a Ecatepec, que era una realidad devastadora en otros aspectos, esto es: el tercer municipio más habitado del país (en ese entonces era primero), con una pobreza urbana en creciente estado de violencia social y un alto nivel de industrialización; administraciones del PRI que se perpetuaban en el poder, utilizando ciudadanos como clientela electoral; escasos y deteriorados espacios con vocación cultural; una comunidad artística condenada a la precariedad; identidades barriales y pueblos originarios invisibilizados, entre calles sin pavimentar, atroces y numerosos feminicidios, asaltos cotidianos en el transporte público y una juventud arrancada por el crimen organizado, entre otros graves problemas. ¡Ay, doloroso Ecatepec, con sus ondas misteriosas!

Terminé por dejar casi todo en la Ciudad de México: suéteres, libros, estudios pendientes, comodidades, querencias. La serpiente me puso en otra piel. El cabildo de Ecatepec destinó millones de pesos para rehabilitar las bibliotecas públicas, como no había sucedido en ninguna otra administración. Esto me puso muy contento, porque después del arduo trabajo de planeación, vinieron las expectativas presupuestales a la Dirección de Educación, a la cual entré como Subcoordinador de Bibliotecas hasta principios de 2007. El presidente local, José Luis Gutiérrez Cureño, llegó bajo la inercia popular de Andrés Manuel López Obrador y era inédito que en este municipio gobernara la izquierda partidista. Con Enrique Peña Nieto como gobernador en el Estado de México y Felipe Calderón en el ejecutivo federal, la situación no era nada sencilla, más bien desoladora. Había que hacer cultura a contrapelo, nada que perder excepto la cordura.

En este contexto, la iniciativa de los premios municipales de literatura se había quedado en el tintero. Hasta que, a finales de 2007, interesado en la Feria del Libro que estábamos por montar en la explanada, mientras trabajaba con el acervo, actualmente encajonado, de la biblioteca José María Morelos

y Pavón, llegó un mensaje del municipio, preguntando sobre las actividades complementarias que teníamos en mente. Un funcionario raramente preocupado por el desempeño cultural de su administración. No dudé en insistir la pertinencia del certamen y con su visto bueno y un presupuesto de 270 mil pesos (nimio en comparación con montos de otros premios), sentí que ya estábamos del otro lado. Pero quedaba por delante una ardua tarea.

El discurso del poder local, que emanaba del sufragio popular, fue persuadido ante la demanda histórica de la comunidad para implementar una política cultural inexistente hasta ese momento, en el que imaginaba a Ecatepec como una "Ciudad Lectora", al menos ese era el eslogan, la cual hiciera contrapeso a los alarmantes niveles de violencia social. En ese sentido, el crítico Ángel Rama, en su libro *La Ciudad Letrada*, escribe que hay que ir con cautela ante "esa ciudad central que es posible soñar desde la periferia merced a la excitación promovida por las letras y las imágenes". Sobre todo, si esta concepción enaltece una vida nacional a partir del dominio capitalino. Fue precisamente lo que se reprodujo en decisiones palaciegas, que no empoderaron a los creadores y promotores comunitarios y por contrario, nombraron a funcionarios con dudosa trayectoria en el gobierno del entonces Distrito Federal.

Hicimos nuestra, sin embargo, una excepción contrapuesta a esta preocupante prerrogativa. En un principio, aparte de Enrique González Rojo Arthur, pensamos en Max Rojas (1949-2015), poeta de humeante y prolongado aullido, vecino de Iztapalapa, a quien poco después le publicamos *Prosecución de los naufragios* (2009) dentro del Programa de Apoyo Editorial y Fomento a la Lectura, para que los premios llevaran su nombre. Sin embargo, entre los motivos para decidirnos por Enrique, más que por su estirpe literaria, estaba una cuestión metafísica: homenajear a un poeta octogenario, lo cual implicaba que, a la manera velardiana, el ocho acostado gestara un infinito para el porvenir de las letras ecatepecas. Símbolo danzante, dibujando sus horizontes desde el Cerro del *Ehecatl*.

Se empezó a articular en poco tiempo, en gran medida por este tipo de iniciativas, un movimiento cultural sin precedentes en Ecatepec. Sólo por mencionar algunos actores involucrados: en el Café El Juglar, de Santa Clara Coahuila, se reunía el colectivo La Deslealtad, donde Daro Soberanes y Rafael Tomé Zamora impartían poesía y lectura en voz alta. En el frente grafiero, el colectivo Huarache hacía lo propio, Celso Martell "Patarrajada" no pocas veces integró la poesía en sus pintas callejeras. En Jardines de Morelos, el Círculo del Viento y Café Insomnia, de la mano de Octavio Urbina y Dulce Cabrera, organizaban periódicamente tertulias y presentaciones de revistas literarias. En estos lugares fue donde instalamos los primeros Libro-clubes.

Fue cuando Enrique González Rojo Arthur vino por primera vez a Ecatepec. En el anuncio de los premios, también habíamos dado la noticia de que un Libro-club llevaría su nombre. El colectivo A.P.I.E, timoneado por el escultor Eduardo Domínguez, ocupó El Semillero, corredor en San Cristóbal Centro al que acudían no sólo artistas plásticos (aparte de la veintena de promotores defechos que habían sido contratados por el gobierno local, gracias al programa de fomento a la lectura que implementé), sino también teatreros, músicos, bailarines, narradoras en voz alta, artesanos, etcétera. El Semillero recibió al maestro para su banderazo de salida.

Vino acompañado de Alicia Torres, su compañera de vida y profesora de Derecho en la UAM Azcapotzalco. Pasamos por ellos en una camioneta del ayuntamiento. En el camino conversamos sobre la metáfora poética. Cómo para Ortega y Gasset es tabú, mientras que para Octavio Paz, revelación. Para Enrique, en cambio, si mi aproximación no es errada, el hombre crea por medio del trabajo, entonces la metáfora es esencialmente fabricante, se conquista como realización personal, pero sólo adquiere trascendencia en lo colectivo, ahí radica su *dimensión imaginaria*. Entonces le pregunté: ¿La emancipación humana es una metáfora? “Tanto como la cárcel”, me respondió, “depende si la ves como un paraíso o un infierno, entrar al cielo o salir del laberinto”.

Mientras salíamos de la Ciudad de México, ambos platicaban de algunos viajes que hicieron al lago Pátzcuaro con Martínez Ocaranza, uno de sus dos grandes maestros —el otro fue José Revueltas—. EGRA subrayó cómo el marxismo está presente en el autor de “Elegía de los triángulos”, pero no en la doctrina, sino en el tratamiento mitológico que hace del mundo purépecha. Enrique en su momento hizo lo propio con el imaginario nahuatl. Cuando llegábamos a San Cristóbal, le dije que en Ecatepec hay una carga mítica muy fuerte, que se tendría que hacer algo parecido con la poesía que nazca de estos lugares. Ojalá que sí, respondió: «que el premio literario permita saber si hay poetas que están realizando este valioso intento”.

La tarde era soleada en el corazón de Ecatepec. La bandera nacional ondeaba en el axial de la explanada. En trazo áurico, el Cerro del Viento se asomaba por encima de los edificios conurbados de la colonia Tierra Blanca. “Aquí cerca, poeta, uno comienza a subir hasta el cerro por el barrio de El Calvario”, le explicó un muralista del A.P.I.E. Lo condujimos al corredor. Como testigos, de un lado y en hilera, unos ahuehuetes todavía vivos, sembrados en lo que había sido un arroyo. Del otro, la pared con murales de evocación precuahtémica, pintados por el colectivo. Y en medio: El Semillero, ruina circular de unos 4 metros de diámetro, donde se hallaba el librero metálico y un acervo de 300

títulos, cual estatua “acariciada como a una hermana infinita” –el verso es de Xavier Villaurrutia–, del Libro-club Enrique González Rojo Arthur.

Simbólico para una ciudad letradamente invisible, nuestro quijote Enrique, pluma en mano, hizo cuatro incursiones a Ecatepec: ese momento fundacional del “ombbligo libresco” en El Semillero, antes descrito. El día que presentó su libro *Poeta en la ventana*, editado en el marco de su homenaje, durante el Festival de la Lectura del municipio. La tercera ocasión que vino, un 16 de mayo de 2009, en lo que fueran las inmediaciones del lago de Texcoco, fue para inaugurar la biblioteca pública, única en el país que lleva su nombre, en el fraccionamiento Las Américas. Finalmente, el domingo 7 de marzo de 2021, arribaron a la misma biblioteca –porque “Para ser poeta...”–, algunas de las flores que velaron su cuerpo.

Bibliografía consultada

- Calvino, Italo. *Seis propuestas para el próximo milenio*. Barcelona: Siruela, 1998, 159 pp.
- Lizalde, Eduardo. *Autobiografía de un fracaso: el poeticismo*. México: Martín Casillas Editores-INBA, 1981, 118 pp.
- González Rojo Arthur, Enrique. *Apolo musageta*. México: UAM, 1989. 224 pp.
- _____. *Los colmillos del dragón*. México: FCE, 2021, 228 pp.
- _____. *Criaturas de la tinta alada*. Sinaloa, México: ISC, 2012. 106 pp.
- _____. *Poeta en la ventana*. México: Verso Destierro-FONCA y Ayuntamiento de Ecatepec de Morelos, 2008, 62 pp.
- _____. *Memorialia del sol*. México: Arlequín Ediciones, 2002, 134 pp.
- _____. *El viento me pertenece un poco*. México: Tianguis de Libros para Leer en Libertad, 2010, 117 pp.
- _____. *Salir del laberinto / Empédocles*. México: UAM, 2016, 262 pp.
- _____. *En marcha hacia la concreción. En torno a una filosofía del infinito*. México: UACM, 2007, 621 pp.
- _____. *Manifiesto autogestionario*. En: <www.enriquegonzalezrojo.com>.
- _____. *Anatomía del puño. Estampas de una gramática iracunda*. México: Cisnegro, 2020, 242 pp.
- Rama, Ángel. *La Ciudad Letrada*. Chile: Tajamar Ediciones, 2004, 195 pp.
- Rémura, Adriano. “Huidobro versus González Rojo Arthur”. México: *Verso Destierro* (Dossier: Existencia), número 1, 15 p.
- Rojas, Max. *Cuerpos IV: Prosecución de los naufragios*. México: Trece Letras, Ayuntamiento de Ecatepec y AEMAC, 2009, 140 pp.
- Villaurrutia, Xavier. *15 poemas*. México: UNAM, Material de Lectura, 1986, 31 pp.
- Vitale, Ida. *Oidor andante*. México: Premiá, 1982, 69 pp.

